

## LA PARTICIPACION DE LOS LAICOS EN ASUNTOS DE LA IGLESIA

A. Fehlauer

Sociólogos e historiadores señalan día a día que la iglesia y la sociedad se separan más y más, yendo por caminos diferentes. Hubo épocas en que el Evangelio de Cristo ocupó un lugar central, un lugar de preeminencia en el arte, la literatura, la filosofía y la vida hogareña. Pero poco a poco la influencia de la iglesia ha ido disminuyendo hasta tal punto que hoy por hoy su esfera de influencia es mínima. El Evangelio tiene poca o ninguna influencia en el acontecer cultural contemporáneo. Aun cuando la gente se congrega en las iglesias los domingos por la mañana, los sociólogos hablan de la era "pos-cristiana". Según muchos, el Credo Niceno no motiva a la sociedad. El Credo Niceno fue reemplazado por los credos del liberalismo y conservadorismo, del capitalismo y comunismo, del egoísmo y de muchos otros "ismos".

Pero también la era pos-cristiana ya está derrumbándose, desaparece para dar surgimiento a la era "pos-pos-cristiana", bajo los embates de la tecnología, los medios de comunicación de masas, el racismo, las subculturas de protesta y otras circunstancias. Las discusiones habidas en otros países sobre la ley del aborto; las predicciones sobre el futuro de la familia en un futuro muy cercano; la experimentación propuesta para el supuesto mejoramiento biológico humano; la oficialización del Prode y la quiniela en nuestro país son indicadores de la erosión moral producida, son muestras de la cada vez menor influencia de la iglesia en la sociedad actual.

No es necesario revivir el crescendo de las posibilidades del terror en que vivimos en todos sus pormenores. Vemos con lujo de detalles que el actual sistema de cosas es inestable, que puede terminar pronto, que la mano con el hacha ya está puesta en las raíces: crisis energética, crisis de materias primas, crisis alimentaria, son amenazas que pueden conducir a una conflagración mundial de consecuencias previsibles y desastrosas.

Los cristianos son realistas. Por ello deberíamos ver el abismo al que vamos. En caso de una guerra nuclear tenemos tres posibilidades: podemos estar entre los que mueren de inmediato juntamente con todos los que queremos y amamos. Es una posibilidad muy real y concreta. Si contamos con ella viviremos con más seguridad y libertad; podemos estar entre los que mueren lentamente en medio del dolor y la miseria como consecuencia de la guerra. Esta segunda posibilidad es más cruel si pensamos en los seres queridos que están en nuestras mismas condiciones; finalmente podemos estar entre los sobrevivientes destinados a poblar este planeta después del día "Z". Entre los deberes de la iglesia está el de prepararnos teniendo en cuenta las tres posibilidades, principalmente la tercera.

Supongamos estar entre los sobrevivientes a la conflagración, entre aquellos que sobreviven para continuar la divulgación del Evangelio de Redención: ¿estaríamos, todos y cada uno de nosotros, capacitado para hacerlo? Teniendo la respuesta a la pregunta ¿qué debo hacer para ser salvo?, tendríamos también las respuestas a estas otras: ¿qué espera Dios de mí, ahora? ¿Qué espera Él que yo haga?

La crisis de nuestro tiempo no debe, no puede ser el motor principal de nuestras vidas. No podemos decir: "Estamos en peligro de perder todo lo que apreciamos y la vida; cumplamos mejor con la voluntad divina para escapar a su ira". Este razonamiento no puede ser de un cristiano. La crisis en que vivimos puede pasar si las oraciones de los creyentes logran inclinar la balanza de Dios. ¿Y después? También entonces vivirán millones en temor y angustia. Los hospitales estarán llenos de enfermos en la soledad de su lecho de muerte. Habrá desocupados, niños hambrientos y abandonados, villas de emergencia, explotación y miseria. En el supuesto caso que se logre paliar las necesidades y falencias de la sociedad, que ya no hubiere sufrientes, desamparados, hambrientos, temerosos: también entonces el hombre necesitará a Dios. También entonces estará divorciado de Dios si no lo conociere a través de Jesús. Lo que nos debe motivar no es la crisis amenazante, tampoco el hambre ni la explosión demográfica, ni las estructuras de explotación. Cuando Cristo murió por nosotros en la Cruz, no existía la bomba atómica. Tampoco existió cuando semanas después

un grupo de hombres, llenos del Espíritu Santo comenzó a recorrer los caminos polvorientos del imperio romano para llevar las Buenas Nuevas de Salvación. Sentían la necesidad vital de difundir el mensaje del Señor. Debían difundir el mensaje porque ellos eran de Dios, no porque querían salvar al mundo secular de la destrucción o por querer cambiar las estructuras sociales de opresión.

Cabe preguntar ahora cómo se traduce lo antedicho a nuestra realidad, aquí en nuestra Iglesia Evangélica Luterana Argentina. De una carta circular enviada a pastores y legos extraigo los siguientes datos estadísticos:

Año	Cantidad de bautizados	Incremento	%	Comulgantes	Incremento
1948	15.503			8.329	
		3.701	30		2.462
1958	18.204			10.791	
		2.619	26		2.864
1968	20.816			13.637	

En el transcurso de 20 años el número de bautizados creció en 5.520 almas y el de comulgantes en 5.208 almas. Sin embargo en ese mismo período se realizaron 15.051 bautismos. ¿Dónde quedaron los 9.538 bautizados que no se incluyen en la estadística como bautizados?

En el mismo período se confirmaron 9.694 jóvenes y 2.119 adultos, lo que suma 11.813 almas recibidas por la confirmación. Si consideramos el incremento de 5.208 comulgantes en 20 años y lo comparamos con los 11.813 confirmados, notaremos que faltan 6.605 almas.

9.528 bautizados que no aparecen en nuestros registros

6.605 confirmados que no aparecen en nuestros registros

9.528 bautizados y 6.605 confirmados que se han ido de nuestra iglesia.

Según los expertos en crecimiento de iglesia, puede esperarse un crecimiento de 100 % cada 10 años, es decir que se agregan 10 creyentes nuevos por cada 100 ya existentes

cada año. Este crecimiento de 100 % por década puede considerarse normal. Si el crecimiento es en el mismo período de 200 %, es una bendición de Dios. Si por el contrario el crecimiento es de sólo 50 % se habla de una iglesia estancada ya que hace poco más que recibir a los nacidos en su seno y a los que se casan y traen a su cónyuge. Si consideramos a nuestra iglesia desde el punto de miras del crecimiento, nuestra iglesia no es una iglesia estancada, parada. No. Es una iglesia decadente, que se viene a menos porque no es capaz de retener a los que nacen en su seno. No sé si hay un método para medir la efectividad de la predicación y del trabajo en la iglesia. Si no lo hubiere y si se tomase la cantidad de conversiones realizadas, podríamos afirmar que no cumplimos la voluntad del Señor. Este es nuestro problema. ¿Se aplicará a nosotros lo que se dice a la iglesia de Efeso en Apocalipsis 2, 4: "Pero tengo contra ti, que has abandonado tu primer amor" ¿o lo que se dice de la iglesia de Laodicea en Apocalipsis 3, 15 y 16: "Yo conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueres frío o caliente. Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca".

No necesariamente el cuadro debe ser tan desolador. Leemos en nuestras revistas de otras situaciones. Por ejemplo de aquella congregación que bajo la conducción de su pastor asumió su responsabilidad hacia sus vecinos no cristianos. La congregación de referencia tenía al comenzar su evangelización 500 bautizados y 300 comulgantes. Desde que comenzó su programa de evangelismo se agregaron 100 almas por año. Un 60 % de los adultos participa en una de las ocho clases de estudio bíblico que se realiza en su templo. Las ofrendas se incrementaron en los tres últimos años en 60 %. Así hay muchos otros ejemplos. ¿Qué hacen? ¿Cómo hacen? Veamos.

Tomemos primeramente un movimiento pseudoreligioso. Tiene sus mártires y sus santos, sus papas y contrapapas, sus promesas de un futuro mejor, sus dogmas y sus herejes. En escala mundial es el más notorio por su dinamismo y el arrastre que logra por doquier entre pobres y ricos: por el comunismo ha logrado en algo más de un siglo convertir a alrededor de un tercio de la población mundial a su ideología. No quiero discutir algunos métodos empleados en el

Este de Europa y en Asia. Pero sí quiero referirme brevemente a su forma de trabajo en nuestro país y en el mundo libre. Ellos captan las voluntades señalando constantemente las fallas de nuestro sistema social y las preparan concienzudamente. Cada comunista es un propagandista integral y eficaz de su ideología. Para ello fue preparado meticulosamente. Conoce la psicología de la gente con que habla, sus problemas y su forma de actuar y reaccionar. Se introduce en todas partes: en las fábricas y en las iglesias, en los talleres y en las escuelas; en las oficinas y en las universidades; en los santuarios y en los clubes. Donde hay gente, allí están ellos, presentes con su prédica constante. Son los mejores estudiantes y operarios, siempre interesados en solucionar los problemas de los demás. Así logran captar voluntades para su causa. La revista comunista francesa "Paix et Liberté" escribió hace algún tiempo: "El Evangelio de Cristo es un instrumento de renovación mucho más poderoso que el programa revolucionario de Marx. Sin embargo al final seremos nosotros quienes ganen al mundo. ¿Por qué? porque de nuestras ganancias y salarios nos reservamos sólo lo absolutamente necesario y entregamos el resto para la causa del comunismo. A la propaganda comunista dedicamos nuestros tiempos libres y una parte de nuestras vacaciones. En cambio vosotros apenas reservais ningún tiempo ni entregais ningún dinero para la predicación del mensaje de Cristo. ¿Cómo va a creer alguien en el valor insuperable del Evangelio si no lo propagais ni lo practicais, ni sabeis sacrificar tiempo y dinero por el mismo? Lo que pasa es que teneis miedo a mancharos las manos por vuestro Dios." Quienes no tienen miedo de manchar sus manos son los así llamados Testigos de Jehová. Semana tras semana golpeaban a la puerta de mi casa ofreciendo revistas y libros. Aparte del tema religioso, es interesante hablar con ellos. El testigo que quiere cumplir al pie de la letra con las prescripciones de su credo, debe participar por lo menos en cinco reuniones semanales en la sala del reino. Debe participar del curso de predicación y capacitarse en la preparación de sermones de 3, 4, 5 hasta 10 ó 15 minutos de duración, para ser pronunciados en las visitas que se hacen en los hogares del vecindario, debe participar del curso bíblico y de la lectura en común del "Atalaya" y del "Despertad", las revistas de los

Testigos, debe participar de las reuniones de los domingos y de cuantas otras se organicen con fines proselitistas, debe aprender a dialogar y hablar con la gente sobre temas religiosos y cuidar de ser él quien lleve la conversación para que el otro no pueda presentar contraargumentos. Finalmente debe dedicar una cierta cantidad de horas por semana para el servicio de campaña, es decir, para ir casa por casa, barrio por barrio, anunciando sus doctrinas. Hasta cuando esté enfermo o anciano debe servir a su organización. Puede escribir cartas de indole religiosa o testificar telefónicamente. Cuando entra a la organización renuncia a las relaciones amistosas y/o familiares: su vida de sociedad debe realizarse sólo entre los Testigos. Es un movimiento religioso que no tiene clérigos: todos sus miembros son predicadores. Quizá convenga aclarar que todos estos servicios los presta a cambio de poder vivir en el reino de los mil años, por obligación y no por amor a Dios. Es una religiosidad de obras y no de fe.

## **¿QUE PODEMOS, QUE DEBEMOS HACER NOSOTROS, LOS LUTERANOS?**

Todos ustedes conocen seguramente la Estatua del Sembrador. Ya porque la han visto en una de sus numerosas copias que se encuentran en algún que otro bucólico parque, ya porque han visto su reproducción gráfica en algún que otro libro como ilustración. Pausadamente, con un lienzo anudado al cuello y sosteniendo el otro extremo con la mano izquierda, el sembrador camina sobre el campo recién arado. En el lienzo está la semilla que esparce acompasadamente con su mano derecha, mientras que las aves tratan de levantar una que otra semilla con su pico y en el horizonte se pone o sale el sol, de acuerdo al gusto del dibujante. Si los de mayor edad entre nosotros hacen memoria, quizás se acuerden haber visto a sus padres o abuelos sembrar de